

DeCi y BeLiA
Aprendiendo y concienciando
Narraciones y cuentos.
Abogado del Ruido

CUENTO V:

DeCi y BeLiA

En:

“MIS OIDOS SON PARA TI”

Siendo temprano, y tras un largo fin de semana, BeLia desayunaba con su padre haciendo de las galletas figuras extrañas tras los bocados que a las mismas efectuaba una vez sumergidas en el gran tazón de leche, que, caliente y en su justa medida, este le había preparado.

Ya dispuesta con la mochila y con la chaqueta solo le faltaba coger su música. Así, corriendo a su habitación, alcanzó sus cascos y su reproductor de música y se adelantó a la puerta de salida requiriendo a su padre para que saliera y así, juntos, fueran al colegio.

Una vez estuvieron en la calle, se puso sus cascos y comenzó a tararear esa música que miles de veces sus padres habían escuchado salir de su habitación. Su padre, junto a una mirada rápida, le dijo: “*BeLia.*” Pero BeLia seguía tarareando y escuchando la melodía y la letra de las canciones que tras esos cascos se reproducía.

“*¡BeLia!...*” insistió el padre. Tocándole el hombro hizo que, aunque no le escuchara, atendiera su requerimiento, y apartando los cascos de sus orejas contestara: “*¿Qué quieres papá?*”. Su padre le comentó que escuchar la música a alto volumen, con los cascos o sin ellos, puede provocar daños a sus oídos, y que llevarlos mucho tiempo a esos niveles puede generar que después tenga dificultades para escuchar a los demás, incluso a la profesora. Pero ella, si bien asintió con la cabeza, se volvió a colocar

los cascos. Su pensamiento mientras escuchaba la música, y tras lo comentado por su padre, no era otro que el de no creer tal cosa, y que su padre lo decía para que no estuviera tan distraída.

Mientras recorrían el camino al colegio fue reafirmado su teoría, ya que veía a mucha gente con cascos y escuchando música. Así, cuando cruzó la calle vio a tres hombres con cascos y trabajando, eran del Ayuntamiento. Ella pensó: “¿Cómo iban a ponérselos si ello podía perjudicarles?”. Igualmente y tras saludar a Emilio, el amigo de su padre y socio-propietario de un taller de reparación de vehículos, vio cómo él mismo llevaba en su cuello unos cascos más grandes que los de ella. Volvió a pensar: “¿Cómo podía ser malo escuchar música con los cascos si el amigo de su padre los utilizaba todos los días?”.

Estaba ya convencida y seguía escuchando la alegre música saludando a unos y a otros, todos amigos suyos. Saludó a Adrián, Neus, Álvaro..., pero si bien pasó junto a su lado su gran amigo Antonio este no le saludó.

Así empezaba una larga jornada de colegio, de libros, lápices, preguntas y fichas por hacer. Transcurrida la misma y tras recogerla su padre a la salida del colegio, BeLia le dijo que estaba muy enfadada con un amigo suyo, con Antonio. Por ello no le había dirigido la palabra en todo el día.

A preguntas de su padre, esta le comentó que su enfado se debía a que no le había saludado por la mañana a pesar de verla y pasar junto a ella. No entendía el motivo de no devolverle el saludo, pues siempre han compartido juegos en el recreo y nunca se habían enfadado. El padre no sabía responderle, pero podía obtener la respuesta inmediatamente, pues, caminado y un poco más adelante, su amigo iba con su padre de la mano.

Así, anduvo un poco mas rápido y llamando a Antonio, pese a la reticencia de BeLia, le dijo: “Antonio, ¿estás enfadado con BeLia? Dice que no le has saludado esta mañana.” El padre de Antonio miró a su hijo y le preguntó: “¿Es cierto?”. A lo que Antonio dijo: “Claro que la saludé. Le dije incluso que llevaba la mochila abierta, pero no me hizo caso”. El padre de BeLia y el padre de Antonio comenzaron a hablar de la futura excursión que los hijos iban a realizar, dejando a los niños hablar entre ellos.

Antonio le dijo: “¿No me has escuchado?”, a lo que BeLia respondió: “Pues no. Y la mochila la llevaba bien cerrada”. Antonio le insistió y le dijo que seguro que no le había escuchado debido a los cascos que llevaba en su cabeza. En ese momento lo

entendió. Ella había saludado a cuantos amigos, levantando la mano, le habían saludado, pero que Antonio le había saludado sin que ella lo oyera. Así, reconoció la realidad de que debido a la música que escuchaba no lo había oído y que entonces había sido todo un malentendido. Despidiéndose de su amigo, desapareció el enfado con él.

“*Papá, ha sido un malentendido. No lo escuché, iba con los cascos*”, le dijo BeLia a su padre. Así, este último aprovechó para insistir en lo perjudicial que para sus oídos puede ser utilizar, a un volumen muy alto y durante mucho tiempo, los cascos, e incluso también le hizo ver que puede provocar la no atención a otros sonidos e incluso saludos de algún amigo. Pero BeLia, asintiendo en cuanto a la falta de atención, negó que le pudieran hacer daño a sus oídos. Le comentó a su padre que había visto a trabajadores del Ayuntamiento y a su propio amigo Emilio llevarlos y utilizarlos. No podían ser tan malos. Pero cuando su padre escuchó tal argumentación, quiso mostrarle a su hija una cosa.

En el camino de vuelta a casa, pasaron por el taller mecánico. El padre de BeLia llamó a su amigo Emilio y, señalándole los cascos que portaba, le pidió que le dejarse oír a BeLia la música que todos los días escuchaba, para ver si a su hija le gustaba. Emilio entendió y atendió dicha petición y le dijo: “*Claro que sí, ven escucha..*”. Al ponerse los cascos, ¡qué sorpresa!, no solo no se escuchaba música sino que BeLia no oía nada. Su padre y Emilio parecían gesticular con la boca pero sin decir palabra. No se escuchaba nada, solo el silencio.

Una vez retirados los enormes cascos de Emilio de su cabeza, esta le dijo: “*No hay música, no funcionan*”. Pero Emilio le comentó que esos cascos no eran para escuchar sino para evitar los fuertes ruidos que se generaban en el taller y evitar que sus oídos sufrieran por ello.

Así, sorprendida y entendiendo que esos cascos no servían para oír música sino que eran como unos tapones gigantes, dijo: “*Papá, entonces los trabajadores del Ayuntamiento...*”, a lo que su padre le comentó que en trabajos donde se generan altos niveles de ruido, los trabajadores deben protegerse y esos cascos evitan que el ruido llegue a estropear sus oídos.

BeLia entendió así que los oídos son tan importantes que no tenemos que escuchar música o ponernos los cascos a un volumen muy alto, y que debemos protegernos de los ruidos fuertes para evitar que se estropeen y no podamos escuchar bien después.

Ya en casa, llegó su madre y BeLia abrazándola posó en las manos de esta sus cascos y le dijo: *“Mamá mis cascos son para ti. Llévatelos y pónelos para protegerte de los ruidos fuertes que hay en tu trabajo.”* Su madre viendo la sonrisa del padre le contestó: *“BeLia, ¡muchas gracias, hija mía!. Pero ahora mis oídos son para ti. Cuéntame, cuéntame...”*.